

II. ORACIÓN Y FE (CONTINUACIÓN)

«Los huéspedes de cierto hotel estaban siendo incomodados por los repetidos golpes en un piano, ejecutados por una niña que no poseía conocimiento alguno de música. Se quejaron al dueño con miras a que se detuviera la molestia. "Siento que estén molestos", dijo él. "Pero la niña es hija de uno de mis mejores huéspedes. Difícilmente puedo pedirle que no toque el piano. Pero su padre, que estará ausente por un día o dos, regresará mañana. Entonces podrán acercarse a él y resolver el asunto". Cuando el padre regresó, encontró a su hija en la sala de recepción y, como de costumbre, golpeando el piano. Se acercó por detrás de la niña y, poniendo sus brazos sobre los hombros de ella, tomó sus manos entre las suyas y produjo una música hermosísima. Así puede ser con nosotros, y así será, algún día venidero. Por ahora, poco podemos producir sino clamor y disonancia; pero, un día, el Señor Jesús tomará nuestras manos de fe y oración y las usará para producir la música de los cielos». -- ANÓNIMO

La fe genuina y auténtica debe ser definida y libre de duda. No simplemente general en su carácter; no una mera creencia en el ser, la bondad y el poder de Dios, sino una fe que cree que las cosas que «dice, vendrán a ser». Así como la fe es específica, de igual manera la respuesta será definida: «Tendrá todo lo que diga». La fe y la oración seleccionan las cosas, y Dios se compromete a hacer las mismas cosas que la fe y la oración perseverante nombran y le piden que realice.

La Versión Americana Revisada traduce el versículo veinticuatro del capítulo once de Marcos, así: «Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá». La fe perfecta tiene siempre en su poder lo que la oración perfecta pide. ¡Cuán amplia e incondicional es el área de operación: "todas las cosas que"! ¡Cuán definida y específica es la promesa: "os vendrá"!

Nuestra principal preocupación es con nuestra fe: los problemas de su crecimiento y las actividades de su vigorosa madurez. Una fe que se apodera y retiene en su poder las mismas cosas que pide, sin vacilar, sin duda ni temor — esa es la fe que necesitamos —, fe tal que es una perla de gran precio, en el proceso y la práctica de la oración.

La declaración de nuestro Señor acerca de la fe y la oración citada anteriormente es de suprema importancia. La fe debe ser definida, específica; una petición incondicional e inequívoca por las cosas solicitadas. No ha de ser algo vago, indefinido o sombrío; debe ser algo más que una creencia abstracta en la disposición y la capacidad de Dios para hacer por nosotros. Ha de ser un pedir definido y específico, y un esperar las cosas por las cuales pedimos. Nótese la lectura de Marcos 11:23:

«Y no dudará en su corazón, sino creerá que lo que dice se cumplirá; y todo lo que diga le será hecho.».

En la misma medida en que la fe y la petición son definidas, también lo será la respuesta. La dádiva no ha de ser algo distinto de las cosas pedidas, sino las mismas cosas buscadas y nombradas. «Tendrá todo lo que diga». Todo es imperativo: «Tendrá». La concesión ha de ser ilimitada, tanto en calidad como en cantidad.

La fe y la oración seleccionan los temas de la petición, determinando así lo que Dios ha de hacer. «Tendrá todo lo que diga». Cristo se mantiene listo para suplir exacta y plenamente todas las demandas de la fe y la oración. Si la orden dirigida a Dios se hace clara, específica y definida, Dios la cumplirá, exactamente de acuerdo con los términos presentados.

La fe no es una creencia abstracta en la Palabra de Dios, ni una mera credulidad mental, ni un simple asentimiento del entendimiento y la voluntad; tampoco es una aceptación pasiva de hechos, por muy sagrados o completos que sean. La fe es una operación de Dios, una iluminación divina, una santa energía implantada por la Palabra de Dios y el Espíritu en el alma humana — un principio espiritual y divino que toma lo Sobrenatural y lo hace aprehensible por las facultades del tiempo y del sentido.

La fe trata con Dios y es consciente de Dios. Trata con el Señor Jesucristo y ve en Él a un Salvador; trata con la Palabra de Dios y se aferra a la verdad; trata con el Espíritu de Dios y es energizada e inspirada por su santo fuego. Dios es el gran objeto de la fe; porque la fe descansa todo su peso sobre Su Palabra. La fe no es

un acto sin rumbo del alma, sino una mirada a Dios y un descanso sobre Sus promesas. Así como el amor y la esperanza tienen siempre un objeto, también lo tiene la fe. La fe no es creer cualquier cosa; es creer a Dios, descansar en Él, confiar en Su Palabra.

La fe da a luz a la oración, y se fortalece, profundiza y eleva en las luchas y contiendas de la poderosa súplica. La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la certeza y la realización de la herencia de los santos. La fe también es humilde y perseverante. Puede esperar y orar; puede permanecer de rodillas o yacer en el polvo. Es la gran condición de la oración; la falta de ella está en la raíz de toda oración pobre, débil, escasa y no contestada.

La naturaleza y el significado de la fe son más demostrables en lo que hace que por cualquier definición que se le dé. Así, si nos volvemos al registro de la fe que se nos da en esa gran lista de honor que constituye el capítulo once de Hebreos, vemos algo de los maravillosos resultados de la fe. ¡Qué gloriosa lista es — la de estos hombres y mujeres de fe! ¡Qué logros tan asombrosos se registran allí y se acreditan a la fe! El escritor inspirado, agotando sus recursos al catalogar a los santos del Antiguo Testamento, que fueron ejemplos tan notables de fe maravillosa, exclama finalmente:

«¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría para contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas».

Y luego el escritor de Hebreos continúa nuevamente, en una tensión maravillosa, contando las hazañas no registradas realizadas mediante la fe de los hombres de antaño, «de los cuales el mundo no era digno». «Todos estos», dice, «alcanzaron buen testimonio mediante la fe».

¡Qué era de gloriosos logros amanecería para la Iglesia y el mundo, si tan solo pudiera reproducirse una raza de santos de fe igualmente poderosa, de oración igualmente maravillosa! No es lo intelectualmente grande lo que la Iglesia necesita; ni son hombres de riqueza los que los tiempos demandan. No son personas de gran influencia social lo que este día requiere. Por encima de todos y de todo lo demás, son hombres de fe, hombres de oración poderosa, hombres y

mujeres a la manera de los santos y héroes enumerados en Hebreos, que «alcanzaron buen testimonio mediante la fe», lo que la Iglesia y todo el ancho mundo de la humanidad necesita.

Muchos hombres de este día alcanzan buen testimonio por su dádiva de dinero, sus grandes dones y talentos mentales, pero pocos son los que alcanzan un «buen testimonio» por su gran fe en Dios, o por las cosas maravillosas que se están realizando mediante su gran oración. Hoy, tanto como en cualquier tiempo, necesitamos hombres de gran fe y hombres que sean grandes en la oración. Estas son las dos virtudes cardinales que hacen grandes a los hombres ante los ojos de Dios, las dos cosas que crean condiciones de verdadero éxito espiritual en la vida y la obra de la Iglesia. Es nuestra principal preocupación asegurarnos de que mantenemos una fe de tal calidad y textura que cuente delante de Dios; que se apodere y retenga en su poder las cosas por las cuales pide, sin duda y sin temor.

La duda y el temor son los dos enemigos gemelos de la fe. A veces, usurpan realmente el lugar de la fe, y aunque oremos, es una oración inquieta y desasosegada la que ofrecemos, intranquila y a menudo quejumbrosa. Pedro falló al caminar sobre el Genesar porque permitió que las olas lo cubrieran y anularan el poder de su fe. Al quitar los ojos del Señor y contemplar el agua a su alrededor, comenzó a hundirse y tuvo que clamar por socorro: «¡Señor, sálvame, que perezco!»

Las dudas nunca deben ser acariciadas, ni los temores albergados. Que nadie alimente la ilusión de que es un mártir del temor y la duda. No es crédito para la capacidad mental de nadie acariciar la duda de Dios, ni consuelo alguno puede derivarse de tal pensamiento. Nuestros ojos deben ser quitados del yo, removidos de nuestra propia debilidad y permitidos descansar implícitamente sobre la fortaleza de Dios. «No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón». Una fe sencilla y confiada, que vive día a día y echa su carga sobre el Señor, cada hora del día, disipará el temor, ahuyentará la desconfianza y librará de la duda:

«Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias».

Esa es la cura divina para todo temor, ansiedad e indebida preocupación del alma, todas las cuales están estrechamente relacionadas con la duda y la incredulidad. Esta es la prescripción divina para asegurar la paz que sobrepasa todo entendimiento, y que guarda el corazón y la mente en quietud y paz.

Todos nosotros necesitamos considerar bien y prestar atención a la advertencia dada en Hebreos: «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo».

Necesitamos, también, guardarnos contra la incredulidad como nos guardaríamos contra un enemigo. La fe necesita ser cultivada. Necesitamos seguir orando: «Señor, aumenta nuestra fe», porque la fe es susceptible de aumento. El elogio de Pablo a los Tesalonicenses fue que su fe crecía en gran manera. La fe se incrementa mediante el ejercicio, al ser puesta en uso. Es alimentada por pruebas severas.

«Para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que la del oro que perece, aunque sea probada con fuego, sea hallada en alabanza, honra y gloria en la aparición de Jesucristo» (1 Pedro 1:7).

La fe crece por la lectura y la meditación en la Palabra de Dios. Y, más que todo y mejor que todo, la fe prospera en una atmósfera de oración.

Sería bueno que todos nos detuviéramos e hiciéramos la pregunta personalmente: «¿Tengo fe en Dios? ¿Tengo fe real — fe que me mantiene en perfecta paz, acerca de las cosas de la tierra y las cosas del cielo?» Esta es la pregunta más importante que un hombre puede proponer y esperar que sea respondida. Y hay otra pregunta, estrechamente relacionada en significado e importancia: «¿Oro realmente a Dios de tal manera que Él me oye y responde mis oraciones? ¿Y oro verdaderamente a Dios de modo que obtengo directamente de Dios las cosas que le pido?»

Se afirmaba de Augusto César que encontró a Roma como una ciudad de madera y la dejó como una ciudad de mármol. El pastor que tiene éxito en cambiar a su pueblo de uno sin oración a uno que ora, ha hecho una obra mayor que la que hizo Augusto al cambiar una ciudad de madera a mármol. Y después de todo, esta es la obra principal del predicador. Principalmente, él trata con personas sin oración — con personas de quienes se dice: «Dios no está en todos sus pensamientos» (Salmo 10:4). Con tales personas se encuentra en todas partes, y todo el tiempo. Su principal negocio es convertirlos de ser olvidadizos de Dios, de carecer de fe, de no orar, para que lleguen a ser personas que oren habitualmente, que crean en Dios, lo recuerden y hagan su voluntad. El predicador no es enviado meramente para inducir a los hombres a unirse a la Iglesia, ni meramente para lograr que se porten mejor. Es para lograr que oren, que confíen en Dios y que mantengan a Dios siempre ante sus ojos, para que no pequen contra Él.

La obra del ministerio es cambiar a los pecadores incrédulos en santos que oran y creen. El llamamiento sale por autoridad divina: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hechos 16:31). Vislumbramos la tremenda importancia de la fe y el gran valor que Dios le ha otorgado, cuando recordamos que Él la ha hecho la única condición indispensable para ser salvo. «Por gracia sois salvos, por medio de la fe» (Efesios 2:8). Así, cuando contemplamos la gran importancia de la oración, encontramos a la fe de pie inmediatamente a su lado. Por la fe somos salvos, y por la fe permanecemos salvos. La oración nos introduce a una vida de fe. Pablo declaró que la vida que vivía, la vivía por la fe en el Hijo de Dios, quien lo amó y se entregó a sí mismo por él — que caminaba por fe y no por vista.

La oración depende absolutamente de la fe. Virtualmente, no tiene existencia aparte de ella, y no logra nada a menos que sea su compañera inseparable. La fe hace la oración eficaz y, en un cierto sentido importante, debe precederla.

«Porque el que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es galardonador de los que le buscan diligentemente» (Hebreos 11:6).

Antes de que la oración siquiera comience hacia Dios; antes de que su petición sea presentada, antes de que sus ruegos sean dados a conocer — la fe debe haber ido adelante; debe haber afirmado su creencia en la existencia de Dios; debe haber dado su asentimiento a la verdad de gracia de que «Dios es galardonador de aquellos que diligentemente buscan su rostro». Este es el paso principal en la oración. En este sentido, aunque la fe no trae la bendición, sí pone a la oración en posición de pedirla, y conduce a otro paso hacia la realización, ayudando al suplicante a creer que Dios es capaz y está dispuesto a bendecir.

La fe pone la oración en marcha — despeja el camino al propiciatorio. Da seguridad, en primer lugar, de que hay un propiciatorio, y que allí el Sumo Sacerdote espera a los que oran y las oraciones. La fe abre el camino para que la oración se acerque a Dios. Pero hace más. Acompaña a la oración en cada paso que ella da. Es su compañera inseparable, y cuando las peticiones son hechas a Dios, es la fe la que convierte el pedir en obtener. Y la fe sigue a la oración, ya que la vida espiritual a la que el creyente es conducido por la oración, es una vida de fe. La característica prominente de la experiencia a la que los creyentes son traídos mediante la oración, no es una vida de obras, sino de fe.

La fe hace fuerte la oración y le da paciencia para esperar en Dios. La fe cree que Dios es galardonador. Ninguna verdad está más claramente revelada en las Escrituras que esta, aunque ninguna es más alentadora. Incluso el aposento secreto tiene su recompensa prometida: «El que ve en lo secreto, te recompensará en público» (Mateo 6:6), mientras que el servicio más insignificante hecho a un discípulo en el nombre del Señor, ciertamente recibe su recompensa. Y a esta preciosa verdad la fe da su cordial asentimiento.

Sin embargo, la fe se limita a una cosa particular — no cree que Dios recompensará a todos, ni que es galardonador de todos los que oran, sino que es galardonador de aquellos que diligentemente le buscan. La fe basa su cuidado en la diligencia en la oración, y da seguridad y aliento a los buscadores diligentes de Dios, porque son ellos, solamente, quienes son ricamente recompensados cuando oran.

Necesitamos ser constantemente recordados de que la fe es la única condición inseparable para orar con éxito. Hay otras consideraciones que entran en el ejercicio, pero la fe es la condición final, la única indispensable para la verdadera oración. Como está escrito en una declaración primaria y conocida: «Sin fe es imposible agradar a Dios» (Hebreos 11:6).

Santiago presenta esta verdad muy claramente.

«Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría», dice, «pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada. Porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, ese hombre que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1:5-7).

La duda está siempre bajo la prohibición, porque se presenta como enemiga de la fe y obstaculiza la oración eficaz. En la Primera Epístola a Timoteo, Pablo nos da una verdad invaluable relativa a las condiciones de la oración exitosa, que establece así: «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda» (1 Timoteo 2:8).

Todo cuestionamiento debe ser vigilado y evitado. El temor y la incertidumbre no tienen lugar en la verdadera oración. La fe debe afirmarse y ordenar a estos enemigos de la oración que se vayan.

No se puede atribuir demasiada autoridad a la fe; pero la oración es el cetro con el cual ella señala su poder. Cuánta sabiduría espiritual hay en el siguiente consejo escrito por un eminente antiguo doctor de la iglesia:

«¿Quisieras ser liberado de la esclavitud de la corrupción?», pregunta. «¿Quisieras crecer en la gracia en general y crecer en la gracia en particular? Si quisieras, tu camino es claro. Pide a Dios más fe. Suplícale por la mañana, al mediodía y por la noche, mientras caminas por el camino, mientras te sientas en la casa, cuando te acuestas y cuando te levantas; suplícale simplemente que impresione las cosas divinas más profundamente en tu corazón, que te dé más y más de la sustancia de las cosas esperadas y de la evidencia de las cosas no vistas».

Grandes incentivos para orar son proporcionados en las Santas Escrituras, y nuestro Señor cierra su enseñanza acerca de la oración con la seguridad y la promesa del cielo. La presencia de Jesucristo en el cielo, la preparación que está haciendo allí para sus santos, y la seguridad de que vendrá otra vez para recibirlos — ¡cómo ayuda todo esto el cansancio de la oración, fortalece sus conflictos, endulza su arduo trabajo! Estas cosas son la estrella de esperanza para la oración, el secado de sus lágrimas, el poner del perfume del cielo en la amargura de su clamor. El espíritu de un peregrino facilita enormemente la oración. Un espíritu atado a la tierra y satisfecho con la tierra no puede orar. En tal corazón, la llama del deseo espiritual se ha apagado o está ardiendo en el más débil resplandor. Las alas de su fe están recortadas, sus ojos están velados, su lengua enmudecida. Pero aquellos que, con fe inquebrantable y oración incesante, esperan continuamente en el Señor, renuevan sus fuerzas, se remontan con alas como las águilas, corren y no se cansan, caminan y no desfallecen.